

## SENDER POR SENDER

Francisco CARRASQUER LAUNED

Como hemos de ser breves, vayamos directamente a lo esencial. Lo que más me interesa de lo que diga Sender sobre sí mismo es saber qué puede decirme como novelista. En otros lugares hemos tratado con alguna extensión de su vida, del Sender aragonés, del Sender político, filósofo...<sup>1</sup> Pero todo bien pesado y sopesado, lo que no podemos dejar de promover, o mantener al menos, es el *status* de Sender novelista. Porque si ha habido un momento estelar de Sender en el mundo (los años setenta en su máximo albedo), su estrella se reconocía por pertenecer a la pléyade de los grandes novelistas. Pero, en su caso, de novelista de los que piensan y hacen pensar. Como aquellos escritores de los que hablaba Jorge Edwards hace poco en *El País* en un artículo titulado «Un moralista en la política», a propósito de Václav Havel: «Él pertenece a una clase muy caracterizada de escritores de este siglo: escritores pensadores a la manera de Unamuno, de Camus, de Gide, de Octavio Paz, de tantos otros, Sender entre ellos, digo yo. Porque Sender ha contribuido como el primero a esa «literatura sin la cual —prosigue el novelista chileno— nuestro siglo sería otra cosa. Ella nos remite siempre a la complejidad laberíntica, al absurdo y al drama de esta época». Encaja tanto esta descripción definidora con nuestro Sender que parece un fallo cultural que no haya pensado al hablar así en él. Es un síntoma de que no está tan presente. Algo que subsanar, pues.

Pero ahora hemos de recoger lo que nos diga Sender de sí mismo y de su obra. Contestando a la pregunta n.º 29 del cuestionario al que le sometí cuando empecé a redactar mi tesis sobre su *Imán* y sus novelas históricas, «¿Qué piensa Vd. del estilo en general y del suyo?», su respuesta fue:

---

<sup>1</sup> Cf., entre otros trabajos, «Sender entero ya en *Imán*», introducción a mi edición crítica de esta primera novela de Sender, publicada en la Colección «Larumbe» del IEA, Huesca, 1992, o mi artículo «Sender por sí mismo», *Alazet*, 4 (1992), pp. 69-122 —del que es este artículo inexcusable prolongación y obligado complemento—, aparte de mis dos libros «*Imán*» y *la novela histórica de Sender* (Londres, 1971) y *La verdad de Ramón J. Sender* (Leiden-Tárrega, 1982).

Yo soy un estilista de estructuras, no de palabras. Las mejores palabras son las que menos interfieren entre mi naturaleza y la del lector. Odio la retórica. Sólo he podido admirar la de Valle Inclán porque era vitalísima y podía formar un todo homogéneo con los esperpentos y con las formas de expresión más desnudas. Sin embargo cuando un *retórico menor* hablando de la muerte dice el *ineluctable desenlace* si se refiere a la suya propia me dan ganas de reír y de felicitarle. A un hombre que habla así no se le puede compadecer por ser mortal... pero tampoco respetar. Se le puede felicitar en broma (respetando su tontería inefable, quizá). En todo caso es ridículo, el estilo por el estilo.<sup>2</sup>

Estilista de *estructuras*, no de *palabras*. Con «palabras» quiere decir aquí frases, periodos, cláusulas, discurso, es de suponer. Porque el estilo no está más que apenas en las palabras, sino más bien y sobre todo en la composición y construcción de las frases, en el ritmo sintáctico, en el lenguaje interior que encierra o entreabre el discurso, en el enfoque e interpretación de la realidad, ya bordándola como sobre un primoroso cañamazo (clasicismo), ya queriéndola hacer edificante (costumbrismo), penitencial (naturalismo), egocéntricamente exaltante/abatiente (romanticismo), ya haciéndola transparente y epifánica (impresionismo), desentrañándola hasta el desgarrar exteriorizante (expresionismo), desplegándola en su desarrollo de planos (cubismo), cuatridimensionándola (superrealismo) y amalgamándola con mucho mercurio (posmodernismo), etc.

Así que lo interesante es la *estructura*, en efecto, entendido este término como conjunto de miembros que tienden a un todo por el que se definen y hasta se justifican. Porque en la estructura no sólo hay interdependencia, sino intertensiones rígidas por polarizados campos magnéticos que genera el autor, en las artes, previa y espontáneamente, ya como un programa elaborado o vagamente intuitivo, pero establecido siempre como se orienta toda parte desde la célula al cristal, desde el átomo a la molécula. Y si Sender dice que «corrige sus obras ateniéndose a sus estructuras», quiere decir que no le importan tanto ni la música del discurso ni el juego de las palabras como se interesa por la combinación de elementos y planos, de órganos y funciones entre sí para darle al relato trascendencia de intención y belleza artística, poesía.

Esta concepción de la creación literaria sitúa a Sender entre los escritores antiliteraristas o que no escriben para hacer literatura. No sé si ahora le enfrentaría a Max Aub con la concepción contraria, como yo lo hice hace un cuarto de siglo. Pero creo que algo de eso hay, si se me quiere entender sin adherir juicios de valor a uno ni a otro. Tan poco «literaturo» (como decimos, «pinturero») es Sender que, en las famosas *Conversaciones* con Marcelino Peñuelas, llega al extremo de decir lo siguiente:

<sup>2</sup> «Cuestionario», *Alazet*, 3 (1991), p. 180.

Yo me divierto escribiendo lo que escribo, aunque sea sobre materia infausta, incluso materia ominosa, pero cuando lo veo impreso me siento más bien culpable. Debería haberlo hecho mejor o no debería haberlo escrito de ningún modo. Eso no quiere decir que no tenga conciencia de su posible mérito, pero es una conciencia no precisamente literaria.

—Pues ¿cómo la llamarías?

—No sé. Mis novelas están por encima o por debajo de la literatura. Y representan una especie de batalla contra la realidad.<sup>3</sup>

En estas palabras va implícita su intención de trascender que yo traduzco por mi fórmula «hacer verdad (propia) de la realidad (de todos)». Pero lo extraordinario es lo otro: «conciencia no precisamente literaria». Aquí viene aquello del autor no literaturizante. Hay muchos autores absolutamente conscientes de *hacer literatura*, como si la literatura se pudiera hacer. Por eso se siente tanto el artificio empeñoso en los literaturizantes. En España hay muchos, pero no más que en otros países. Sender, en cambio, es de los que no tratan de hacer literatura y, por lo mismo, no se atiene a las reglas del juego (de salón) que privan entre los literatos, empresarios y agentes de relaciones públicas. Él cuenta lo que le gusta y cree que ha de gustar al público lector. Y contando contando van colándose sentencias, destilando lecciones de vida y muerte y transpirando pensamientos de sentido oculto y de íntimo sentimiento, que valen por filosofemas, cuando no desvelan enigmas o interpretan sueños. Y en su lucha contra la realidad intercambiable, va dándonos versiones de su verdad alquímica con la materia siempre del mundo transformándose y sublimándose en el crisol de su talento artístico. Y si así sale su literatura, no es por programa providente, sino por accidente, como si dijéramos. Lo que pasa es que, felizmente, Sender puede gloriarse de haber provocado («propiciado», diría él) un buen par de docenas de esos «accidentes» que le aseguran una posteridad gloriosa. Pero más adelante aclara Sender:

—¿Sabes qué pasa? Yo tengo, eso sí, una memoria selectiva bastante buena, (...)

Una memoria selectiva un poco más fuerte de lo ordinario que organiza los materiales de la experiencia vital de uno, y los organiza de un modo instintivo, pero con una intención muy concreta y frecuentemente negativa.

—¿Destructora?

—No, lo negativo es en mi caso un elemento de provocación y un estímulo para producir reacciones vitales más altas.<sup>4</sup>

Y dos páginas después matiza:

<sup>3</sup> Marcelino PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, p. 104.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 104-105.

—Perdona, pero la realidad está llena de falsedades que hay que saber calibrar y evitar o bien... vigorizar hasta hacerlas verosímiles. Esa es toda la tarea nuestra: hacer verosímil la realidad.<sup>5</sup>

Así, puede esperarse que Sender perviva por su obra, porque su obra es sana, salubre y salutífera y da pábulo a todas las revoluciones morales posibles y necesarias en el presente y en el futuro.

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 107.